

UN GUSTO DE RUINA

UN vago aroma de apocalipsis se va extendiendo poco a poco por el país. Todo el mundo ve destruirse algo, sin posibilidad de reparación. Aquéllos, los de antes, sienten su colección de fes privadas desmoronarse: se les ha quedado, como arcilla seca en las manos, su idea de la patria, de la familia, de la tradición y del dinero. Estos, los de nunca, piensan que no van a alcanzar tampoco ahora la democracia, y que la democracia es ahora un nombre vacío que no les representa. Todos ven pudrirse las cosas. Las soluciones se escapan de las manos.

Los grandes escuelas se dividen en la interpretación del Apocalipsis doméstico. Para unos, todo es culpa de la herencia: cuarenta años de vida agarrotada, de un inmovilismo que no actuó para salir al paso de las reales trampas de la vida: que dejó que el monstruo que llamamos economía nos fuera devorando, que nos aisló del mundo y de su evolución. Para otros, es la falta de respeto a la herencia lo que nos está perdiendo. Hemos saltado al vacío —dicen—, hemos perdido los cimientos, las raíces. Las dos escuelas se enfrentan entre sí: se agreden. Podrán, quizá, llegar a la ruptura.

Hay también los pesimistas raciales. Los que dicen que todo venía de antes y de siempre: los que consideran que el pueblo español es destructivo, suicida, anárquico. ¿Qué más da dictadura que democracia, si el pueblo no responde? Pesimistas históricos: si no hubiéramos descubierto América, todo iría mejor en el país (hay que concederles que irían, por lo menos, bastante mejor los programas de televisión de estos días). Probablemente todo iría mejor en América. Con ecos de afrancesados, ciertos liberales creen que si la invasión francesa se hubiese implantado en España habríamos ganado mucho. Los hay que añoran la colonización árabe, y los que maldicen la expulsión de moriscos y judíos. La escuela de estos días culpa a Franco —a la Iglesia triunfante, a Carrero Blanco— de haber rechazado el Plan Marshall cuando lo ofreció Truman: la Historia del país hubiese cambiado. Cierto que con la consolidación de los franceses podríamos estar como en Haití, con la de los árabes como en Marruecos, con el Plan Marshall como Grecia y Turquía que fueron los primeros en recibirla. No es un consuelo. Sin el descubrimiento de América, podríamos estar, en cambio, como cualquiera de los países que no la descubrieron.

¿Tendría la culpa el 98? ¿La tendría Mariana Pineda, o el padre Las Casas? ¿Sería culpable el Empecinado, o el Cura Santa Cruz, o don Carlos VII? ¿O don Fernando VII? Tal vez Indibil y Mandonio, quizá Viriato, que tan fuertemente se opusieron al espíritu civilizador que nos llegaba. O el apóstol Santiago...

Siempre está bien buscar culpables en el pasado. Pero el problema está en abordar el momento presente con entereza y claridad. Percatarnos de cuál es la realidad nacional: sin censuras y sin exaltaciones. No parece que esté a nuestro alcance. Lo nuestro es llorar: sobre la Universidad perdida, sobre el Correo que nunca será lo que fue, sobre las huelgas, sobre los empresarios, sobre los catalanes y los vascos. Hasta que llegue el Apocalipsis, cuyo tufillo va colándose por todas las innumerables rendijas de un país que está, como siempre, mal gobernado. ■

POZUELO



También las suele apoyar así Ramón Tamames. Está esta tarde sentado junto a Solé Tura. Dos delfines posibles para una secretaria general. Hasta ahora, algunos

los veían como sustitutos de Carrillo. Después de esta noche, los verán más bien como sucesores. ■ V. M. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

"Apuntes parlamentarios"

LA TENTACION CANOVISTA, número 756, 23 de julio.

EL SILENCIO DEL P. S. O. E., número 757, 30 de julio.

LA BATALLA DEL CONSEJO DEL REINO, número 758, 6 de agosto.



Enrique Tierno Galván, hacen falta estadistas más que políticos.



Santiago Carrillo, la mano derecha para reconvenir al Gobierno.